



Compositor - Alameda del Club Monegasco Norte de Lezay

PREMIOS DE RELATOS CORTOS

LOS MONEGROS 2003

V Certamen
de Relato
Corto (2003)

1.^{er} Premio

Calderilla

Aida Rodríguez Agraso

Las únicas caricias tiernas que Julián Pérez recibía llegaban al alba. A esa hora en la que aún se desmigán los últimos sueños, una luz inédita trepaba hasta su ventana morosa como la hiedra y la traspasaba sin urgencia, con la curiosidad y la devoción con las que se vulneraban las enaguas en los noviazgos. El ciego la recibía sobre su piel también sin prisas, regodeándose en la templada pereza del tiempo, dejándose cartografiar por esas cálidas manos invisibles que le recordaban que a un día le sigue otro, como un reloj de arena que da vueltas eternamente. Y se dejaba mecer por la sensual bruma que le anunciaba el inicio de la jornada, y entonces, y solo entonces, sentía una plenitud que se desvanecía en cuanto se levantaba e, invariablemente, se tropezaba con el taburete que siempre olvidaba colocar en su sitio.

Sin sentir la rodilla comenzaba Julián el ritual cotidiano de la supervivencia. En la cocina se preparaba a tientas un café gomo, que malbebía mientras ordenaba las piezas de su callejero mental, decidiendo a qué barrio encaminar sus pasos. La meditación y el trago amargo que atravesaba su garganta le hacían llevarse las manos a la boca, fundida en la espesura bronca de una barba mal recortada que añoraba, como él, las sesiones de afeitado a las que lo sometía Rafael Expósito, su amigo y sus ojos. Julián sentía haber perdido aquellos momentos en los que la cuchilla resbalaba con dilación de galápagos por su piel entre conversaciones y tragos de cerveza, y que quedaron atrás cuando el estado de Rafael ya solo le permitía esbozar unos ramalazos erráticos por la geografía de su cara. Sin querer entregarse a la nostalgia continuaba sus tientos por la casa para recolectar los aperos de su vestuario, que Rafael revolvía con afán desesperado cuando llegaba envuelto en otra ceguera, más confusa y oscura que la suya.

Cuando su cuerpo de cincuentón estaba ya restaurado, Julián recogía el bastón blanco y salía de su casa dispuesto a recorrer la maraña de calles de la ciudad, donde la fortuna lo esperaba con la mansedumbre de un perro domado por la vara. Haciendo crujir el entramado de junco de su esqueleto con un balanceo de chalupa a la deriva, pasaba ante lugares que distinguía por su mercadería de aromas: ahora la calle Silencio, con el palpitante olor a fritanga de su asador de pollos; cerca la esquina de la droguería, teñida por el profundo e inmaculado vapor de la lejía; más allá la floristería de Marqués de Comillas, que emanaba el perfume artificial de las flores azuzadas a brotar antes de tiempo, y luego la tienda de jamones de Cosme, que bendecía la calle Agua con la memoria a solera rancia de las bodegas.

La mezcla de este abanico de olores con el sahumero de orines que impregnaba la acera trezaba una fumarada ocre capaz de levantarle el estómago. Por eso solía alzar mucho la cabeza, procurando que a su nariz solo se encaramaran los efluvios de la vida cotidiana. Ese gesto de aristócrata venido a menos le había granjeado desde el principio la reticencia de los parroquianos del bar Pepín, una de las tascas predilectas de Julián por la docilidad de su tragaperras. La buena suerte del ciego con los mandos de la máquina hicieron que la desconfianza inicial de los clientes se tornara en un malhumor manifestado sin discreción, en un gruñido ácido que también notó esa mañana, cuando su buenos días fue contestado con un carraspeo insolente.

Julián no se dejó amedrentar por el tono bronco del recibimiento. Se apostó en la zona de la barra más cercana a la tragaperras, un armatoste de luces, colores y figuras que en ese momento entonaba una casquivana versión de los pajaritos, y pidió un carajillo. El camarero no tardó en servirle, deseoso de que terminara pronto y se fuera. Pero el ciego lo saboreó con placidez, dejando que la mezcla de café y coñac le embadurnara el paladar con un poso avinagrado como las hieles del desafecto. Con el vaso en la mano se dirigió a la tragaperras y la acarició

levemente. Presintiendo en la nuca las miradas nerviosas de los clientes del Pepín, echó una moneda y apuró el carajillo mientras la máquina entonaba el soniquete monocorde con el que se ponía en marcha.

Un repiqueteo festero anunció a la concurrencia que Julián acababa de ganar nuevamente la especial. De las entrañas engrasadas de la máquina comenzó a manar un caño impetuoso de monedas que Julián fue recogiendo a zarpazos entre las maldiciones de los parroquianos del Pepín y los zarandeos del camarero, que lo amenazó con denunciarlo a la Policía si volvía a poner los pies en su establecimiento. Que me espantas a los clientes, Julián, que ya nadie quiere jugar a la tragaperras porque saben que ellos son los que la llenan y que luego vienes tú y te llevas la recaudación. Hay que dejar algo para los demás, coño, que ya sé que lo tuyo es suerte, pero ellos también quieren tenerla, ¿me entiendes? ¿Me escuchas, que te estoy hablando? Julián oía el soliloquio del camarero pero concentraba su atención en las monedas, que acomodó con tenacidad de hormiga en los bolsillos del pantalón. Mira, Julián, ya te estás yendo a otra parte, le espetó el mozo afianzando el bastón en su mano con el gesto desabrido de quien golpea un saco.

Como un santo de dudosa veneración, el ciego fue llevado en andas hasta la puerta. Por culpa de un empujón estuvo a punto de dar con sus huesos en la acera, pero Julián, ya acostumbrado a salir de este modo de los bares, recompuso la postura digna y altiva y emprendió el regreso a casa acompasando sus andares titubeantes con el tintineo de la calderilla. Se resistió a cambiar en las tiendas que fue encontrando por el camino por miedo a que lo timaran en la transacción y porque prefería administrar un dinero dosificado en monedas cuyo valor conocía. Solo se detuvo en un colmado donde compró cervezas, tinto, pan y mortadela. Ya en su barrio, le bastó con acercarse al descampado cercano al cementerio para hacerse con dos papelinas para Rafael.

Por mucho que le doliera ver cómo su compañero se gangrenaba las venas de brazos y piernas a base de estocadas encabritadas, los múltiples intentos fallidos de reinserción que habían vivido a medias proporcionaron a Julián la certeza de que lo único que podía hacer por él era suministrarle droga de calidad. Incluso había aprendido a localizar por el tacto los huecos de Rafael que aún no desprendían la ardentía estéril de la tumefacción y a inyectarle él mismo, para evitar que la muerte se colara en su sangre a través de una jeringuilla compartida. Su amigo necesitaba la droga y él se la daba, aun sabiendo que estaba añadiendo piedras al morral que Rafael llevaba colgando del cuello y que, tarde o temprano, le arrastraría al fondo del precipicio a cuyo borde llevaba ya demasiado tiempo asomado.

Rafael ya había salido del sueño cuando Julián llegó con la mercancía. El ciego recibió un mustio abrazo como único pago antes de notar cómo su compañero se sentaba en el taburete del dormitorio y se arremangaba trabajosamente la pernera del pijama, abandonándose al sanguinolento ritual de la aguja penetrando en la piel enferma, como una extremaunción bastarda en la que los óleos estuvieran contaminados por el pecado. Cuando concluyó su labor, Julián se lavó las manos. Y mientras Rafael se acomodaba en el sofá donde consentía que se desvanecieran las horas, Julián se quitaba el mal sabor de la boca a base de tragazos de vino acompañados con breves bocados de mortadela.

Una vez satisfecho el instante de la comida con la resignación de quien paga una deuda, el ciego volvió a salir en busca de una tragaperras que le borrara esa soledad enquistada en la tráquea, esa sensación de vivir una existencia insípida, tan desanglada como la de las estatuas cuya única actividad es dejarse ennegrecer por el hollín del olvido. El azar lo llevó ante las desconocidas puertas del Copacabana, una indecisa mezcla de cafetería y bar de copas con ínfulas de establecimiento de medio pelo, con sillones bermejos de olor agrio y lámparas cuya filigrana rimaba con los espejos estratégicamente colocados sobre las manchas

de humedad. Julián sintió el nuboso aroma del tabaco viejo y de la dolencia interna de las paredes cuando entró en el local, donde se encontraba, según pudo percibir, una clientela exigua y silenciosa. Un sonsonete de organillo le indicó que la tragaperras se apoyaba en una columna cercana a la barra. Hacia ella se dirigió dubitativo, sorteando taburetes y papeleras metálicas dispuestos como las piezas de una inverosímil partida de ajedrez. Tras rematar el café solo que pidió se dirigió a la máquina, la rozó levemente y la alimentó con las dos monedas que recibió como cambio del camarero.

Tuvo que esperar Julián a la segunda partida para escuchar cómo la tragaperras repicaba juguetona y escupía su caudal de calderilla. El ciego la fue recogiendo con premura mientras una estela de sorpresa tomaba cuerpo en la clientela del Copacabana, que apenas habían tenido tiempo para asimilar la presencia de ese nuevo convecino, de apariencia fachosa y desgarrada, que de pronto se revelaba ante ellos como un prestidigitador de las tragaperras o un tahúr de casino que logra desplumar a la banca. Antes de verse obligado a confraternizar con aquellos que ya se disponían a palmearle la espalda y alabar una fortuna que a ellos les resultaba esquiva, Julián emprendió el regreso a casa, liberando un murmullo de monedas idénticas en forma y tamaño, casi todas salidas de los mismos bolsillos pero que ahora escrutaban los bajos fondos de su ropa.

El campaneo que nacía de sus pantalones se acentuó cuando imprimió cierta velocidad a sus pasos, guiado por una necesidad súbita de alejarse de aquel lugar sin dar explicaciones sobre su suerte. Cierta día, impulsado por un golpe de franqueza y vanidad, se decidió a confesar a los clientes de su bar de siempre las razones por las que ganaba en el juego, que nada tenían que ver con su poca fortuna en el amor, como tópicamente argumentaban. Su gesto fue respondido con una paliza escasa pero efectiva, que le hizo perder el bastón y los pocos amigos que le quedaban, y ahora prefería huir de los bares como un ladrón de baratijas. En

ese momento, con las monedas saltando como ranas en el interior de la franela, no pudo evitar sonreír con ironía y pensar que gracias a su carencia de vista había desarrollado un increíble sentido del tacto, capaz de descubrirle, solo por el calor que desprenden las tragaperras, cuándo el interior de las máquinas está tan preñado de monedas que basta un empujón final para hacerle parir la recaudación. Su suerte era, simple y llanamente, una cuestión de temperatura.

Julián agotó la distancia que le separaba de su casa en un corto espacio de tiempo. A esas horas tempranas de la tarde, Rafael habría salido de su letargo y disfrutaría de un momento de tranquilidad antes de que sus venas pidieran otra dosis, así que podría contarle su nuevo triunfo, y él escucharía con esa sonrisa maliciosa que se le gestaba en la cara cuando algo le divertía. Sin embargo, Rafael no estaba despierto cuando llegó. Julián se extrañó al escuchar el silencio que respondía a sus llamadas, Rafael, dónde estás, pero se tranquilizó al tantear las piernas de su amigo aún tumbadas sobre el sillón. Y cuando se disponía a mecerlas para alejarlo de la modorra, el frío de la muerte traspasó la yema de sus dedos, caló sus falanges y se transmitió, como un impulso eléctrico, hasta sus vísceras.

El ciego se enfrentó entonces a la certidumbre de que su amigo había rebasado sin avisarle la única frontera que no se puede cruzar dos veces. Se sentó sobre el taburete que aún reposaba junto a él y comenzó a llorar de pena y remordimiento. Le atormentaba pensar que Rafael había jugado a las cartas con la parca y que él le había ayudado a hacer trampas, dándole el empujón final que necesita un suicida. Ahora, con su cuerpo inerte al lado y el frío mortal repujado en la piel, Julián se sintió vacío y solo, y su existencia se le antojó la calderilla de las vidas de otros. Se identificó con las palomas que devoran los restos de un bocadillo mordisqueado, con los perros a los que se arrojan las sobras de un banquete, porque la suya era una vida construida a retazos en los márgenes de la cotidianidad de los demás.

A los dos días, con el cuerpo de Rafael recién enterrado en un nicho sencillo que Julián pagó con los ahorros de toda una vida jugando a las tragaperras, el ciego emprendió el camino hacia el bar Cosme, situado cerca del cementerio, decidido a continuar con su rutina como una forma de no caer en la ciénaga de la desesperación. Pidió un tinto y escuchó el runrún monótono de la máquina, que imaginó como uno de esos trastos antiguos con palanca en el lateral. Sacó una moneda del bolsillo y se acercó a ella con la intención de volver a tentar la suerte, pero al rozarla únicamente sintió el frío anestésico de un bloque de hielo. Extrañado por la ausencia de cualquier síntoma de animación en el artefacto tocó su motor, que también le transmitió una corriente escarchada. Asustado, probó con la cafetera exprés, con el brazo del camarero y con un perro tiñoso que se pegó a su pantorrilla, pero solo cuando se frotó nerviosamente las manos pudo reconocer en ellas el frío tacto de la muerte, la única herencia, atesorada en vida, que le había podido legar el cadáver de Rafael.

2.º Premio

23 de febrero

Miguel Ángel Royo Pallarés

Más que el susto de la piedra contra el cristal, más que la ráfaga de frío que invadió el interior del autocar, más que las noticias alarmadas de la radio, lo que recuerdo con más nitidez de aquella tarde es el impacto seco y contundente del elástico del sujetador sobre mi piel, tan tierna aún, cuando Marzo asomó la cabeza entre los asientos delanteros con los ojos desorbitados y preguntó, con una voz más desorbitada todavía:

—¿Estáis oyendo la radio?

La goma del sujetador dejó una marca roja que permaneció varios días tatuada en el recuerdo inocente de mi piel y que oculté como pude a los ojos de mi madre para no tener que explicarle que la mano de Tomás, sorprendida por la inesperada pregunta, había salido disparada del escote de aquella camisa que tanto me gustaba, haciendo saltar en su huida el botón que, pese a su porfía, había conseguido permanecer en el ojal hasta ese momento. Obviamente no, no escuchábamos la radio, sino todo lo contrario.

Yo más bien estaba preocupada porque Tomás iba demasiado deprisa. Después de los primeros besos de la tarde anterior, de una castidad que hoy haría reír a cualquiera, su mano se había lanzado sin previo aviso por el precipicio de mi escote y yo solo pensaba que iba demasiado deprisa, solo pensaba que era muy torpe, solo pensaba que todos los demás estaban pendientes de nuestros movimientos, como si pudieran adivinar los escarceos que sus huellas dactilares trazaban sobre esa desconocida dilatación de cada resquicio de mis poros.

—¡Unos tricornios han entrado en el Congreso pistola en mano! —insistía Marzo, sin conseguir contagiarnos su alarma.

Nosotros no entendíamos nada. Yo imaginaba a mi padre, pistola en mano, si llegaba a intuir que los dedos de Tomás habían entrado como tricornios en el congreso virgen de mi pecho sin previo aviso y nuestras caras debían de mostrar tal grado de estupidez que Marzo tuvo que aclarar:

–¿No os dais cuenta? ¡Es un golpe de Estado! ¡Vuelven los militares! ¡En algunas ciudades hay tanques en la calle!

Reparó entonces en que era yo, precisamente yo, la que estaba sentada allí, más roja que un tomate maduro, yo, la hija del nuevo sargento del cuartel de la Guardia Civil del pueblo, y no supo qué cara poner mientras alguna voz interior me preguntaba: –¿De qué estado de golpe me está hablando? –con las mejillas ardiendo de vergüenza y la goma del sujetador clavada en la fiebre de la piel. Y Tomás, no me explico de dónde le venían esas ocurrencias tan espontáneas, supongo que era eso lo que me gustaba de él, acertó a decir:

–Es imposible. Tiene que ser una broma. Como la de Orson Welles con los marcianos –con una naturalidad tal que nadie hubiera dicho que sus dedos marcianos habían estado segundos antes bajo el elástico del sujetador que me escocía en la piel. Yo ponía cara de intentar oír la radio pero no oía nada, solo la voz interior que decía:

–Se me está poniendo carne de gallina por todo el cuerpo.

Entonces sí. Oí el impacto de la piedra, que trazó una telaraña en la luna del cristal antes de hacerla saltar por los aires con una explosión despavorida de bomba casera. Oí el torbellino de viento helado que nos invadió y se instaló entre los pasajeros. Oí, aunque parezca imposible, el gruñido de la suela del zapato de Andrés sobre el pedal del freno y el chillido de las ruedas y la voz de Andrés, eclipsando la alarma de la radio:

–¿Hay algún herido? –Nos miramos unos a otros para comprobar que no teníamos añicos de cristales clavados en la frente

ni en los ojos—. Menos mal. No pasa nada. Otra vez se ha roto el cristal. A ver si acaban las obras de una maldita vez. Abrigarse todos.

Andrés tapaba el agujero con la lona que tenía preparada para tales ocasiones y seguimos el viaje a ritmo de tortuga mientras la niebla se colaba por el hueco y se instalaba en el interior del autobús. Marzo gritaba:

—¡Andrés! ¡Puedes subir la radio! —y, girándose de nuevo hacia nosotros, nos contaba otra vez la historia de su abuelo, que había estado casi cuarenta años escondido en un zulo, en un antiguo aljibe, mientras su abuela le guardaba luto riguroso y todos en el pueblo creían que estaba muerto, o en Francia, o México, o incluso en Rusia.

Andrés, que no tenía más remedio que soportarnos dos veces al día, treinta y tres kilómetros cada vez, ida y vuelta al instituto, veinticinco adolescentes entre catorce y diecisiete o dieciocho años, y que bastante tenía con concentrar su atención en la carretera que las obras perennes habían convertido en una pesadilla para los cristales de los coches, borrando además la referencia de las rayas, tan necesaria durante esos días de espesa niebla, consciente de que algo más grave estaba sucediendo lejos del autocar, hizo caso a Marzo y subió el volumen de la radio para permitirnos oír que, efectivamente, en Valencia había tanques circulando por las calles. —Mi hermano está haciendo la mili en Valencia —dijo Tomás, y yo, por primera vez desde los besos de la tarde anterior, pensé en su madre, la imaginé con la oreja pegada a las noticias de la radio y, aferrada entre las manos, una foto de su hijo mayor vestido de uniforme.

Supongo que fue el mejor curso de mi vida.

Supongo que fue la primera vez que me sentí importante y deseada.

Al salir del tramo de curvas la niebla desapareció más allá de la ventanilla por arte de magia, como todos los días,

pero no del interior del autocar. Entonces giré la cabeza y le dije:

–Cierra los ojos –y besé, leve, cada uno de sus párpados.

Sí, supongo que fue el mejor curso de mi vida. Y eso que ni siquiera pude acabarlo allí. Poco después, con los movimientos que provocó aquel amago de cuartelazo, volvieron a trasladar a mi padre y, con él, mi expediente académico. Luego dejé los estudios. Me empeñé en aprobar unas oposiciones para asegurarme el futuro, incierto en todo lo demás, y paso las tardes detrás de este mostrador, colocando en la balanza paquetes y sobres certificados y explicando a los extranjeros, cada día más y de países más raros, cómo tienen que rellenar los impresos para enviar a sus mujeres e hijos gotas de esperanza envueltas en papel de estraza.

Un aburrimiento.

Hasta que apareció él. No me lo podía creer. Cuando entró la primera vez, hace cuatro meses y once días, no lo reconocí. Miento. Supe que era alguien a quien conocía pero, después de tanto tiempo sin verlo y, sobre todo, después de tanto tiempo detrás de un mostrador, todas las caras te suenan y a veces te cuesta identificar incluso a los conocidos, pero cuando me dio el sobre y el impreso y le dije:

–Si es certificado tiene que poner el remite.

–No puedo, es un cuento de marcianos para un concurso –supe que era él, era la misma voz, la misma forma de decir marcianos, y levanté la mirada, casi tan roja como aquella tarde, pero no dijo nada más. Había varias personas esperando con paquetes nerviosos entre las manos hacia destinos que yo me preguntaba si existirían y le dije que en el impreso sí tenía que poner su nombre. Tomás Garde.

Volvió pocos días después con otro sobre grande entre las manos.

–Así que ahora eres cuentista –dice la voz interior cada vez que lo veo aparecer con la visera de la gorra negra ocultando el

vacío de su mirada y con el sobre. Y cada vez que me voy a casa pienso que ha madurado mal, que parece mayor de lo que es, pienso que la próxima vez le diré algo, le diré que todavía recuerdo la marca roja que durante varios días trazó el susto del sujetador en el perfil de mi pecho, tan tierno aún.

Y muchas tardes, cuando llego a casa, me quito la ropa y me quedo inmóvil frente al espejo de cuerpo entero del baño, desnuda, contemplando los estragos del tiempo, pero esta tarde no, esta tarde es la tarde del 23 de febrero, es nuestro aniversario, y la voy a dedicar a leer un cuento. El cuento que ha traído hoy.

Por un momento he pensado que por fin me había reconocido y me iba a decir algo, pero solo ha dicho:

–Sin remite, otro cuento.

Lo tengo aquí, en casa. Me voy a sentar en el rincón de leer y mañana sin falta me ocuparé de que salga, urgente, hacia su destino. Abro el sobre y leo:

23 de febrero.

Cuando llegué a casa encontré a mi madre con el miedo pendiente de la voz de la radio, la mirada perdida en el horizonte de los dibujos del papel de la pared y, aferrada entre las manos y el pecho, la fotografía de la jura de bandera que había traído mi hermano cuando vino de permiso y que había dejado huérfano uno de los marcos sobre la tele.

Recuerdo que le dije:

–No te preocupes. Seguro que es una broma como la de Orson Welles y los marcianos –y, aunque ahora obviamente me parece una sandez (no me hacía cargo de lo que suponía un golpe de Estado, tenía dieciséis años y la cabeza en otras cosas)–, entonces lo dije con una convicción rotunda porque era una de las personas más importantes y seguras del mundo. No me faltaban motivos. Cada día se confirmaba más que la primera gran decisión que había tomado en mi vida había sido acertada, acertadísima.

Después de mucho insistir había conseguido escapar del internado que me había enclaustrado durante los últimos cuatro años, había vuelto a Bujaraloz, a casa de mis padres, y había empezado el nuevo curso en el instituto de Caspe. Dos viajes al día, treinta y tres kilómetros cada viaje. Aquella tarde, además, aprovechando el frío y la niebla y la excusa de los besos de la tarde anterior, me había sentado junto a Victoria como si tuviéramos un pacto, como si sus amigas –formaban una piña irreductible– la hubieran dejado sola premeditadamente. Y, para decirlo con las palabras más explícitas que se me ocurrían entonces, le había metido mano, lo que ratificaba definitivamente, sin ningún género de dudas, que había acertado plenamente en la primera gran decisión de mi vida. Pero como a los dieciséis años nada es perfecto, apareció la cabeza de Marzo gritando con voz asustada:

–¿Estáis oyendo la radio?

Y se rompió el hechizo y se rompió otra vez el cristal del autobús. Por suerte, nadie sufrió cortes ni heridas. Cuando Andrés frenó y la mole del vehículo consiguió detenerse, quedando varada en medio de la oscuridad de la niebla como un barco fantasma en un mar muerto, como una ballena en el decorado terrorífico de una película, recuerdo que pensé: por favor, que no venga ningún coche detrás y, sobre todo, que no venga ningún camión.

No vino ningún camión. Lo que sucedió fue que, cuando reanudó la marcha, el autocar se llenó de niebla por arte de magia. Parecía increíble. Y yo pensé que tenía que aprovechar la complicidad de la penumbra, la complicidad de esa cortina natural que nos hacía invisibles a los ojos de los demás para, diciéndolo con las palabras más explícitas que se me ocurren, volver a meterle mano. Pero ella creía que todos nos observaban y yo le susurraba junto al lóbulos:

–¡Quién nos va a ver, con esta niebla!

Andrés, para recordarnos que no éramos náufragos en un mar muerto ni fantasmas en el estómago de una ballena, que

seguíamos a bordo de un autocar, subió el volumen de la radio cuando el locutor decía que los tanques se paseaban por las calles de Valencia y yo pensé en mi hermano, que estaba allí haciendo la mili, pensé que los tanques podían haber elegido otro día para salir a pasear y ella me dijo:

–Cierra los ojos –no sé por qué, pues la niebla era tan densa dentro del autocar que impedía que nos viéramos los unos a los otros–. Yo intentaba arroparla con mi chaqueta para amortiguar el frío pero ella se escabullía y miraba hacia el cristal, como si hubiera algo que ver más allá o como si de verdad prestara atención a las alarmantes noticias de la radio. Y de repente exclamó:

–¡Mira!

La niebla había desaparecido, como cada día, pero solo más allá de las ventanillas, dentro seguía estancada entre los compases desafinados de la partitura de plástico contra el viento del agujero. Todos sabíamos que Andrés podía conducir por esa carretera con los ojos cerrados. Todos sabíamos que algo estaba pasando en un congreso, aunque no sé si sabíamos lo que era el Congreso. Todos sabíamos que entraba un frío polar por las rendijas y todos sabíamos que yo me había sentado, por segundo día consecutivo, con la hija del sargento de la Guardia Civil.

Cuando bajamos en la esquina del Arco y los demás esparcían sus sombras borrosas hacia sus casas, nosotros nos quedamos alelados en la acera y le pregunté:

–¿Quieres que te acompañe?

–No, no –contestó con el susto en los ojos ante la posibilidad de que nos descubriera su madre o su hermano o el cabo de guardia desde la garita del cuartel.

Encontré a mi madre con el miedo pendiente de las noticias de la radio y le dije, con una seguridad rotunda:

–No te preocupes, seguro que es una broma de marcianos.

Pero a mi madre no le hizo ninguna gracia mi comentario, no podía dejar de preocuparse y me contagié y empecé a preocuparme yo también porque, si tan alarmante era la situación, podría darse el caso de que suspendieran las clases durante varios días, como cuando se murió Franco y, con ellas, los dos viajes diarios y no estaba dispuesto a permitirlo. Al contrario, calculaba qué asientos serían los más adecuados para que nuestros juegos –recuerdo que pensé en la palabra expediciones– permanecieran discretos a las miradas ajenas y Victoria relajara una preocupación que, por otra parte, yo no entendía ya que ni siquiera era del pueblo.

No fue precisamente una broma a lo Orson Welles (aunque algo de marciano tuvo), mi hermano acabó la mili en Valencia sin tener que conducir tanques por las calles y yo, para decirlo de una manera explícita, metí todas las manos que pude hasta que, antes de acabar el curso, Victoria dijo que se tenía que marchar, que trasladaban a su padre y, con él, su expediente académico. Yo quería ser expediente para trasladarme con ella, le decía que se quedara y esas cosas que se decían entonces a los dieciséis años.

El curso siguiente casi no hubo chicas, las obras de la carretera habían terminado y todas las rayas estaban pintadas en su sitio y me tuve que conformar con la maravilla de los horizontes del atardecer a través de la ventanilla, los poemas de naufragos que le escribía y ya no le enviaba, los mítines de Marzo, que seguro que ahora es un líder sindicalista, y los repetidos sermones –“no comas pipas”– de Andrés, que miraba más hacia el retrovisor para vigilar los movimientos de aquella caterva que hacia la carretera, que conocía de memoria con los ojos cerrados... Luego seguí estudiando. Mi madre se empeñó en que aprobara unas oposiciones y paso los días en una oficina demasiado calurosa en invierno y demasiado heladora en verano, rodeado de funcionarios que no hacen más que inventar chismorreos para entretener las horas, tediosos como yo. En fin, un aburrimiento hasta que hace

unos meses Juan me convenció para que, según sus palabras, me pusiera las pilas y comenzara a enviar cuentos a concursos.

El primer día incluso me acompañó a la oficina de Correos. Al salir le dije:

–¿Te has fijado en la chica del mostrador?

–No. ¿Qué le pasa?

–Nada, no importa, cosas viejas. ¿Tú te acuerdas de lo que estabas haciendo la tarde del 23 F?

No me lo podía creer. Allí estaba Victoria. Desde entonces escribo mucho más y voy a verla habitualmente. Creo que no me ha reconocido. No me extraña, con esta calva y estas barbas. ¿Qué voy a decirle ?, ¿que soy un cuentista ? Supongo que ya se lo imagina, que siempre lo ha sabido.

Muchas veces, cuando salgo de Correos, pienso que quizá sí me ha reconocido y pienso que abre los sobres para leer los cuentos, o pienso que ni siquiera se acuerda de mí, que tiene hijos, un marido sargento y una madre anciana, o que no me ha reconocido y no tiene ningún interés por lo que escribo. Parecerá una tontería, pero se está convirtiendo en una obsesión y como no me lo puedo quitar de la cabeza he pensado que voy a intentar escribir un cuento recordando aquella tarde, recordando la marca roja que el elástico del sujetador dibujó en su piel, tan tierna aún, recordando la piedra sobre el cristal y el miedo en los ojos de mi madre, recordando ese descubrir los milagros de la vida, de asombro en asombro, a ver la cara que pone el próximo día.